

C A R A Y **Por IGNACIO AGUSTI** C R U Z

la otra mitad

EL otoño es una estación teñida oficialmente de melancolía. Los médicos especializados en la neuropsiquiatría atestiguan que durante esa estación, y sobre todo en sus comienzos, acrece favorablemente para ellos la consulta. El ánimo de los neuróticos se sensibiliza con la caída de la hoja. Mientras la fronda de los bosques se vuelve de oro, se amilana y se agudiza el ánimo. El otoño es una síma para los poetas y para los pensadores, una síma con vértigos raros, con sutiles e inextricables vivencias. Mientras pasea sobre la alfombra crujiente de las hojas de abedul, empapadas de tierra húmeda, el hombre filosofa sobre las razones de su ser en la vida, sobre la inutilidad de muchos esfuerzos, sobre el vaivén del tiempo, versátil y amargo. Parece entonces como si los años sólo pasaran en otoño. En primavera, en invierno, la cosa es distinta; parece que el tiempo se detiene. El verano es también distinto, es una simple y elemental exaltación. Pero el otoño es sosegado, profundo y pesimista, lo que no le quita un ápice de su belleza.

La soledad del campo está llena de matices. El color de las laderas, al tornasol de la luz, fulge en lípidos matices. El agua es sonora en los torrentes; en las mañanas, la línea del monte, en la lejanía, es caligráfica, transparente y suave. Por todo ello el otoño es la gran estación del hombre. Segregado del universo circundante en las restantes épocas, puede ahora hallarse a sí mismo. Estamos en la hora de la beneficencia universal que aspira a un promedio de felicidad y de despreocupación que iguale a todos los seres. Nadie más conforme que nosotros en esa aspiración. Pero que nos dejen un rato para la deflación suprema, para la melancolía y para la frustración individual, patrimonio del espíritu libre y de la imprescriptible soledad del hombre. Caigan las hojas doradas sobre nuestro ánimo errabundo y silencioso. Cuando crujen ellas a nuestros pies está hablando, finalmente a solas, el ser que somos.

El aire parecía alterado todavía por la reciente muchedumbre. La soledad de la tierra acababa de ser inaugurada de nuevo. Aún quedaban residuos de la reciente algazara. Alguno de los «campings» de verano se mantenía abierto, mas pocos eran los tristes pupilos del ámbito. Algunos restos atestiguan la veloz mudanza; aquí y allá postes de demarcación y cartelones usados por la lluvia nos defnían, en total abandono, el éxodo fulminante de las muchedumbres. Pero al margen de ellos se extendía ahora el campo soberano, en suaves vaivenes, en leves ondulaciones, de una lozanía increíble. Todo lo que la vista podía lograr para su gozo había estado allí también en la plenitud del verano; mas en aquel tiempo quedaba empujada y adulterada por las gentes, apiñadas, vocingleras, enrevesadas, aturridas. El valle y las colinas, junto al mar, parecen ahora un ser vivo y carnal, como si al fin respiraran con un jadeo lento y reposado. La tierra está libre, con sólo sus árboles, sus vertientes y sus acacias rumorosas. Al atardecer, se enciende de oro la fronda, y hasta el más pequeño arbusto se pone a reposar, lamido por la brisa tardía.

Y pensamos que ahora sería justamente el tiempo de estar ahí, de gozar de esa pausa. Las ostentosas construcciones de nuevo cuño, las fortificaciones de cristal para el alud de verano, rompen el hechizo de la eterna campiña. Hemos olvidado a esos pájaros graves del otoño, que parecen no

temer la vecindad del hombre. Ellos son los dueños de su cielo. Se extasian un rato en el azul, gravitan sobre las rocas y sobre las quebradas. No hay en ellos un impulso de miedo, ni de rapacidad. Simplemente flotan en el aire.

Acabamos de encontrar la otra mitad de la vida. Tal vez por la influencia insensible y devastadora de los ímpetus vitales nos arropamos en la soledad y encontramos en nuestro interior la veta escondida de otros años, en que esa melancolía era fuente de sucesos creadores, madre de rimas, provocación de íntimas y creadoras palabras. A veces nos olvidamos de que la otra mitad de la vida somos nosotros mismos. Nos acosan a preguntas, nos inundan de sociabilidad, nos aturden con las relaciones públicas. Y de aquella privada relación que había entre el hombre y su tierra, en soledad fe-

el otro otoño La soledad suprema y total, ante las contingencias de la vida, se torna cada vez más difícil. El otoño comienza y comienza en todos lados y comienza, sobre todo, en la colectividad. En nuestra civilización urbana y social el otoño nos acosa con peculiares exigencias. Una serie de acontecimientos hacen que «el curso» no comience sólo para los escolares, sino para todos. El ser aislado y superior que se negara a esa llamada quedaría expulsado de su órbita.

Una de las cláusulas del comienzo de la temporada, entre otras muchas, es —quizá porque nos afecta a nosotros directamente— la reanudación de la temporada literaria con la celebración de los concursos de novela. Una creación tan espiritual y libre como la literaria está también sujeta a un calendario. Y mientras caen las hojas de los árboles sobre los caminos, caen los folios de los escritores sobre la mesa del lector.

Los premios literarios tienen así algo de común con la naturaleza, aunque en muchas ocasiones la estructura de los libros que concurren a ellos la olviden por completo. Lo cierto es que al socaire de la literatura acontece un fenómeno público de relación social, calentado por la euforia de los altavoces y de la publicidad, y regado a veces con vinos de buena cosecha.

Las páginas de un libro pueden suplir —cierto que no siempre con ventaja— al airón de campo abierto y de sosiego natural de nuestros pasos por los caminos. A la salida de un libro, si éste es de calidad, tenemos la impresión de haber cruzado un paisaje. No siempre ese paisaje es dulce y benévolo. Hay tierras áridas y desgarradas, tierras del interior, de las que no tenemos ni conocimiento, que palpitan en las páginas de un libro con vigor parecido al de la vida. Ahora estamos inmersos en un paisaje y en una tierra de extraña catadura. El pedregal y la síma requieren unas figuras humanas áridas y feroces. Una gran parte de la literatura actual se nutre de esas tierras, del humus difícil y terrible, solar de tragedias y de hambres.

cunda con los valles, en familiaridad con el crepúsculo, ¿qué se ha hecho? ¿No habrá lugar para esa privadísima relación, además de la pública? Aún viven los versos de Leopardi y la soledad sonora. Los demás fueron gritos fugaces.

Dimos un rodeo, un largo rodeo por el bosque. Entre los árboles en silencio se columbra un paño azul de mar. Ese es el mar que buscaban las gentes y en el que se zambullían a puñados, hace pocas semanas, y ahora está incólume, solitario y sosegado. Nos llega una bocanada inesperada y tonificante de salud, de vigor, de confianza. Se escucha el respiro de las olas, a intervalos, al caer sobre la arena. En la otra vertiente se desliza la verde colina, que luego se extiende en larga explanada hasta el azul del monte. ¿Se necesitaría mucho más para vivir?

Durante unos días la obsesión de lo leído nos acompaña y nos subyuga. Luego las imágenes creadas se van desvaneciendo y vienen otras a sustituirlas, a borrarlas, a ocupar su lugar.

Cuando llega la hora de la votación los personajes de los libros se apiñan unos contra otros para pasar los primeros, como en una aglomeración dominguera. El jurado de un concurso literario corre así el incómodo albur de ser atropellado por una muchedumbre de sujetos de tinta y de papel, cada cual con su propia razón para prevalecer. Es muy difícil a veces la discriminación y la simpatía o la predilección tajante. Y, sin embargo, ahí no valen las componendas. Hay que decidirse por unos sujetos y por un mundo determinado, con exclusión de los demás. Un libro premiado es el vencedor de un pugilato íntimo en el ánimo de cada juez.

Me han preguntado a veces si era muy difícil eludir en tales casos las recomendaciones. Puede ser que los que concurren a un concurso literario se hagan recomendar por amigos o deudos de los miembros del jurado. Esos compromisos se pueden eludir con una carta de cumplido. Lo que es difícil de eludir es la recomendación insensible y recóndita que deja en el ánimo la figura, objetiva y alejada, de los personajes de algunas novelas. Ciertos de ellos llegan a ser como amigos íntimos a los que no podemos defraudar.

Pero todo ello se diluye, al fin, en una mesa con mantel o, mejor, en muchas mesas. Los premios literarios de mayor enjundia van acompañados de la buena cocina, del camarero servicial y de la «omelette al ron». Los trebuchados asesinos rurales de las novelas premiables, los que privan hoy en la literatura que se escribe, contrastan vivamente con ese ambiente exquisito. Si alguna vez fuera posible leer en voz alta, por los micrófonos, el vocabulario de algunos de esos héroes, los salones de las cenas literarias se sonrojarian en colectividad. Los libros serán leídos luego individualmente por cada uno de los comensales, cuando a la luz de la lamparita doméstica no haya oportunidad de sonrojo posible.